

August Derleth

La semilla de Cthulhu

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Cthulhu Mythos*

Traducción de Borja García Bercero (*Otros mitos de Cthulhu*), Ricardo Mosquera Martínez (*La máscara de Cthulhu*, salvo «El sello de R'lyeh», a cargo de Francisco Torres Oliver) y Nazaret de Terán Bleiberg (*El rastro de Cthulhu*)

Primera edición: 2015

Segunda edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Imagen: © Sybille Sterk / Arcangel Imágenes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Arkham House Publishers, Inc.

© de la traducción: Alianza Editorial y Borja García Bercero, por *Otros mitos de Cthulhu*

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid



www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-623-9

Dépósito legal: M. 27.764-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

OTROS MITOS DE CTHULHU

El morador de la oscuridad

Los exploradores del horror frecuentan extraños y remotos parajes. Para ellos están las catacumbas de los Ptolomeos y los esculpido mausoleos de regiones de pesadilla. Escalan las torres iluminadas por el claro de luna de los ruinosos castillos del Rhin y descienden con paso vacilante los negros peldaños cubiertos de telarañas que se abren entre los escombros de las ciudades olvidadas de Asia. El bosque encantado y la desolada montaña son sus santuarios, y se demoran entre los siniestros monolitos de las islas deshabitadas. Pero el verdadero epicúreo de lo terrorífico, para quien un nuevo escalofrío de inefable espanto constituye el fin último y la justificación de la existencia, aprecia por encima de todo las viejas granjas solitarias; pues es en ellas donde se da esa tenebrosa combinación de fuerza, soledad, monstruosidad e ignorancia que constituye la más acabada expresión de lo horripilante.

H. P. LOVECRAFT

1

Hasta hace bien poco, un viajero que recorría el sector central del norte de Wisconsin y tomaba un desvío a la izquierda, en la intersección de la autopista de Brule River y la carretera de Chequamegon para dirigirse a Pashepaho, se encontraba en una región tan primitiva que se

diría alejada de cualquier contacto humano. Si siguiera por esa solitaria carretera, al cabo de un rato pasaría por delante de unas destartadas chabolas, que en tiempos debieron estar habitadas, pero que hace ya mucho que fueron recuperadas por el avance del bosque; no es una región desolada, sino una zona de frondosa vegetación, y sobre toda su extensión persiste la intangible aura de lo siniestro, una suerte de ominosa opresión del espíritu que no tarda en hacerse patente hasta al más despreocupado de los viajeros, pues la carretera que se ha tomado se vuelve cada vez más intransitable y finalmente muere a escasa distancia de un refugio abandonado que se alza al borde de un lago de límpidas aguas azules, sobre el que se ciernen eternamente unos árboles centenarios y donde el único ruido son los chillidos nocturnos de los búhos, los chotacabras y los fantasmales somormujos, el rumor del viento entre los árboles y..., pero, eso que suena entre los árboles ¿es sólo el rumor del viento? ¿Cómo saber si el chasquido de una rama al quebrarse lo ha producido el paso de un animal... o algo distinto, alguna criatura inconcebible para el entendimiento humano?

Lo cierto es que el bosque que rodea el refugio abandonado del lago Rick tenía una extraña fama mucho tiempo antes de que yo lo conociese, una fama que excedía ampliamente a las historias que suelen contarse sobre otros lugares igualmente primitivos. Corrían extraños rumores sobre un ser que moraba en la más recóndita oscuridad del bosque –no se trataba en absoluto de las consabidas y disparatadas consejas de fantasmas–; un ser mitad animal, mitad humano, del que hablaban con temor los indígenas que habitaban en los alrededores de esa región, y al que los indios que ocasionalmente abandonaban aquellas tierras para marchar hacia el sur sólo aludían para negarlo moviendo obstinadamente la

cabeza. El bosque, en suma, tenía una fama maléfica; y ya a principios de siglo poseía una leyenda capaz de disuadir al más intrépido aventurero.

El primer testimonio al respecto lo constituyen los escritos de un misionero que cruzó la región para acudir en auxilio de una tribu india que, según las noticias recibidas en Chequamegon Bay –un puesto avanzado situado algo más al norte–, padecían una terrible hambruna. El padre Piregard desapareció, pero al cabo de un tiempo los indios trajeron algunos de sus efectos personales: una sandalia, un rosario y un libro de rezos en el que había dejado escritas unas anotaciones bastante extrañas, que han sido conservadas con sumo cuidado:

«Estoy convencido de que una extraña criatura me sigue. Primero pensé que sería un oso, pero ahora estoy convencido de que se trata de algo increíblemente más monstruoso que cualquier ser que habite en la tierra. Se está haciendo de noche y me pregunto si no estaré empezando a delirar, porque no paro de escuchar una extraña música, así como otros sonidos desconocidos que de ningún modo pueden deberse a una causa natural. Tengo también la perturbadora ilusión de que siento como unas pisadas enormes que hacen vibrar la tierra, y en varias ocasiones me he topado con unas huellas de gran tamaño, cuyas formas varían...».

El segundo testimonio es bastante más siniestro. Cuando a mediados del siglo pasado, Big Bob Hiller, uno de los magnates madereros más rapaces de todo el Medio Oeste, empezó a penetrar en la región del lago Rick, no pudo menos de sentirse impresionado por los pinares de la zona próxima al lago, y, aunque no le pertenecían, siguiendo la práctica habitual entre los madereros de la

época, mandó allí algunos hombres desde una parcela adyacente que tenía en propiedad, alegando cínicamente que no conocía bien el trazado de sus lindes. Trece hombres no regresaron tras el primer día de trabajo al borde de la zona de bosques que rodea el lago Rick; los cuerpos de dos de ellos jamás fueron recuperados; otros cuatro –insólitamente– aparecieron en el lago, a varias millas de distancia del lugar donde habían estado cortando madera; y los demás fueron hallados en distintos lugares del bosque. Hiller pensó que se las tenía que ver con una guerra entre madereros y, para burlar a su contrincante, despidió a sus hombres y súbitamente los mandó de nuevo a trabajar en la región prohibida. Tras perder cinco hombres más, Hiller tiró la toalla, y desde entonces nadie ha vuelto a poner sus manos sobre el bosque, salvo unos pocos individuos que adquirieron allí algunas parcelas y se trasladaron a la zona.

Al cabo de poco tiempo, todos ellos la abandonaron sin apenas decir nada, aunque insinuando bastantes cosas. Sin embargo, la naturaleza de aquellas veladas insinuaciones hizo que pronto se vieran forzados a renunciar a todo intento de dar una explicación; así de increíbles eran las historias que contaron, unas historias que dejaban entrever algo demasiado horrible para ser descrito, un mal primigenio que antecedió a cualquier cosa que pudiera haber soñado el más erudito de los arqueólogos. Sólo uno de ellos desapareció, y de él no volvió a hallarse ni rastro. Todos los demás dejaron el bosque y, con el tiempo, se perdieron entre las demás gentes de los Estados Unidos; todos menos un mestizo, conocido como el Viejo Peter, al que se le había metido en la cabeza que había yacimientos minerales en las inmediaciones del bosque, y que de vez en cuando acampaba en sus lindes, aunque sin aventurarse nunca más adentro.

Era inevitable que las leyendas del lago Rick acabaran por llamar la atención del profesor Upton Gardner de la Universidad del estado; había realizado ya sendas recopilaciones de las fábulas de Paul Bunyan, Whiskey Jack y Hodag, y cuando se topó por primera vez con los extraños y casi olvidados relatos de la región del lago Rick se hallaba trabajando en una recopilación de las leyendas que suelen ir asociadas a determinados lugares. Más adelante me enteré de que en un primer momento sólo le habían suscitado un interés pasajero; las leyendas de lugares remotos son muy abundantes y no había nada que indicara que éstas eran más importantes que otras muchas. Es cierto, sin embargo, que en sentido estricto no guardaban similitud con el tipo de historias más habitual, pues, a diferencia de la mayoría de las leyendas, que suelen tratar de apariciones fantasmales de hombres y animales, tesoros perdidos, creencias tribales y otras cosas de índole semejante, las del lago Rick chocaban por estar centradas en unas criaturas absolutamente extravagantes, o mejor dicho, en una sola criatura, pues no se sabía de nadie que hubiera vislumbrado más de una en medio de la oscuridad del bosque. Quienes decían haberla visto hablaban de una criatura que era mitad animal, mitad hombre, aunque siempre daban a entender que sus descripciones eran inadecuadas y no hacían justicia a la idea que tenían acerca de aquella presencia que merodeaba por las inmediaciones del lago. Aun así, es muy probable que el profesor Gardner, tras haber escuchado esas leyendas, se hubiera limitado a añadirlas a su colección, de no haber sido por unas curiosas noticias sobre dos hechos aparentemente inconexos y por el descubrimiento accidental de un tercero.

De los dos hechos daban cuenta unas informaciones que aparecieron en la prensa de Wisconsin con una se-

mana de diferencia. La primera de ellas era un escueto reportaje, de tono un tanto humorístico, que bajo el titular ¿UNA SERPIENTE MARINA EN UN LAGO DE WISCONSIN?, venía a decir lo siguiente:

«Durante un vuelo de prueba que tuvo lugar ayer sobre el norte de Wisconsin, el piloto Joseph X. Castleton asegura haber visto un gran animal, de una especie desconocida, bañándose en las aguas de un lago situado en los bosques próximos a Chequamegon. Castleton se había visto sorprendido por una tormenta, y cuando miró hacia tierra para cerciorarse de su posición, aprovechando el resplandor de un relámpago, vio emerger de las aguas de un lago que tenía justo debajo un animal de gran tamaño, que luego desapareció en el bosque. El piloto, que no añadió ningún otro detalle a su relato, asegura no obstante que la criatura que vio no era el monstruo del lago Ness».

La segunda noticia era una historia absolutamente disparatada acerca del hallazgo del cuerpo del padre Piregard que, según se contaba, había sido hallado en perfecto estado de conservación en el tronco hueco de un árbol en la ribera del río Brule. En un primer momento se pensó que se trataba de uno de los integrantes perdidos de la expedición Marquette-Joliet, pero pronto fue identificado como el padre Piregard. Como apostilla a dicha noticia se añadía una gélida declaración del presidente de la Sociedad Histórica del Estado, desechando el hallazgo, al que tachaba de burdo fraude.

El descubrimiento que hizo el profesor Gardner fue simplemente que un viejo amigo suyo era el propietario del refugio abandonado, así como de la mayor parte de las tierras que bordeaban el lago Rick.

A partir de ahí los acontecimientos se sucedieron ateniéndose a una secuencia que sin duda era inevitable. El profesor Gardner asoció inmediatamente las dos noticias con las leyendas del lago Rick; es muy posible, sin embargo, que esto no hubiera bastado para incitarle a aparcar sus investigaciones sobre el rico legado de leyendas de Wisconsin para centrarse en una investigación de muy distinta índole, de no haber sido por un acontecimiento, aún más asombroso si cabe, que le hizo acudir con presteza a ver al propietario del refugio abandonado para pedirle que le dejara ocuparlo en aras de la ciencia. Lo que le espoleó a tomar esta decisión fue una llamada del conservador del museo estatal, rogándole que acudiera de noche a sus oficinas para echarle un vistazo a una nueva pieza que acababa de recibir. La visita la realizó en compañía de Laird Dorgan, y más adelante fue el propio Laird quien acudió a mí.

Pero eso fue después de que el profesor Gardner desapareciera.

Porque, en efecto, desapareció; transcurridos tres meses, durante los cuales fueron llegando de forma esporádica informes del lago Rick, no volvió a recibirse ni una palabra más desde el refugio ni se volvió a tener noticias del profesor Upton Gardner.

Un día del mes de octubre, Laird se presentó en mi habitación del club de la Universidad a altas horas de la noche; una mirada vidriosa asomaba en sus francos ojos azules, sus labios estaban tensos, el ceño fruncido, y todo en su aspecto indicaba que se hallaba en un estado de tensión contenida que no parecía atribuible a algún exceso con la bebida. Supuse que había estado trabajando demasiado; acababan de concluir los exámenes del primer trimestre de las clases que impartía en la Universidad de Wisconsin, y Laird solía tomarse muy en serio los

exámenes; ya era así en sus tiempos de estudiante, y ahora que era profesor auxiliar se mostraba doblemente concienzudo.

Pero las cosas no iban por ahí. Hacía ya casi un mes que el profesor Gardner había desaparecido, y era eso lo que no podía quitarse de la cabeza. Ésas fueron más o menos las palabras que él empleó para contármelo, para luego añadir:

–Jack, tengo que ir allí y ver si puedo hacer algo.

–Pero, hombre, si el sheriff y los suyos no han podido descubrir nada, ¿por qué ibas a poder hacer tú más?

–Por una simple razón, yo sé algo que ellos no saben.

–En tal caso, ¿por qué no se lo has contado?

–Porque no es el tipo de cosas a la que ellos prestan atención.

–¿Leyendas?

–No.

Me tanteaba con la mirada, como preguntándose si podía confiar en mí. De pronto tuve el convencimiento de que *realmente* sabía algo que, para él al menos, era de la máxima importancia; y en ese mismo momento sentí la más extraña sensación premonitória que jamás haya experimentado. En aquel instante me pareció que la habitación entera estaba en tensión y que la atmósfera se había cargado de electricidad.

–Si voy... ¿crees que podrías acompañarme?

–Me imagino que podría arreglarse.

–Bien. –Dio una o dos vueltas por la habitación, dirigiéndome de vez en cuando una mirada pensativa en la que se adivinaba su incertidumbre y lo difícil que le resultaba tomar una decisión.

–Mira, Laird... ¿por qué no te sientas y te tranquilizas un poco? Dar vueltas como un león enjaulado no le va a hacer ningún bien a tus nervios.

Siguió mi consejo; tomó asiento, se cubrió el rostro con las manos y un escalofrío recorrió su cuerpo. Por un instante me sentí alarmado; pero a los pocos segundos reaccionó, se echó hacia atrás y encendió un cigarrillo.

—¿Conoces las leyendas del lago Rick, Jack?

Le dije que sí, y añadí que también conocía la historia del lugar desde sus orígenes, en la medida en que hubiera registro de ello.

—¿Y esas noticias de las que te hablé...?

Sí, también las conocía. No las había olvidado, pues el propio Laird había estado hablando conmigo del efecto que habían tenido en su jefe.

—La segunda, la del padre Piregard... —empezó a decir, pero vaciló y se interrumpió. Luego, tras respirar profundamente, siguió hablando—. Verás, una noche de la primavera pasada Gardner y yo fuimos a ver al conservador del museo en su despacho.

—Lo sé, fue cuando yo estaba en el este.

—Es verdad, sí. Pues bien, el caso es que fuimos para allá porque el conservador quería que viéramos algo. ¿A que no sabes lo que era?

—No tengo ni idea. ¿Qué era?

—¡El cuerpo del árbol!

—¡No!

—Al verlo, nos dio un vuelco el corazón. Allí estaba, con el tronco hueco y todo, tal y como lo encontraron. Lo habían enviado al museo para que se exhibiera. Pero, por supuesto, nunca llegó a exponerse... y por muy buenas razones. Cuando Gardner lo vio, pensó que era una figura de cera, pero no era así.

—¿No querrás decir que era el verdadero?

Laird asintió.

—Sé que es increíble.

—Di más bien que es imposible.

–Vale, tal vez lo sea. Pero las cosas son como te las cuento. Por eso, en lugar de exhibirlo, se lo llevaron para enterrarlo.

–Me parece que no te sigo.

Se inclinó hacia delante y, con voz muy grave, dijo:

–Porque cuando llegó todo parecía indicar que estaba perfectamente conservado, tal vez como consecuencia de algún proceso de embalsamamiento natural. Pero no era así. Estaba congelado. Esa misma noche empezó a descongelarse. Es más, había indicios de que el padre Piregard no llevaba tres siglos muerto como decía su historia. El cuerpo empezó a deshacerse en multitud de pedazos... pero ni mucho menos se convirtió en polvo. Según los cálculos de Gardner, no debía de llevar muerto más de cinco años. ¿Dónde había estado entre tanto?

Hablaba con total sinceridad. En principio, lo más probable es que no le hubiera creído. Pero la seriedad que se apreciaba en Laird resultaba inquietante y me impedía adoptar una actitud frívola. Si me hubiera tomado su historia a broma, como estuve tentado de hacer, se habría metido en su concha y se habría ido de mi habitación para seguir cavilando sobre el asunto en secreto, y sólo Dios sabe el daño que eso podría haberle causado. Permanecí un rato sin decir absolutamente nada.

–No me crees.

–Yo no he dicho eso.

–Se nota.

–No, de veras. Pero no es algo fácil de tragar. Digamos que creo en tu sinceridad.

–Muy bien –dijo en tono grave–. ¿Me crees lo bastante para acompañarme al refugio y tratar de averiguar lo que ocurrió allí?

–Por supuesto que sí.

–De todos modos, creo que será mejor que antes leas estos extractos de las cartas de Gardner. –Los puso encima de la mesa con un gesto retador. Los había copiado en una sola hoja, y mientras los cogía, me explicó apresuradamente que aquéllas eran las cartas que había escrito Gardner desde el refugio. Cuando concluyó, volví la vista hacia los extractos y empecé a leer:

«No puedo negar que en el refugio, en el lago, e incluso en el bosque, flota un aura de maldad, una sensación de peligro inminente... pero es más que eso, Laird; ojalá pudiera explicarlo, pero mi fuerte es la arqueología, no la literatura. Creo que para hacerle justicia a lo que siento tendría que recurrir a la literatura... Sí, hay veces que tengo la clara sensación de que *alguien* o *algo* me vigila desde el bosque o desde el lago, de eso no estoy todo lo seguro que me gustaría, y aunque no llega a inquietarme, me da que pensar. El otro día logré contactar con ese mestizo, el Viejo Peter. Parecía haber abusado del agua de fuego, pero bastó que le mencionara el refugio y el bosque para que se volviera mudo como una tumba. Aun así, me dio un nombre, el Wendigo lo llamó; ya conoces esa leyenda, aunque en realidad es más propia de la región francocanadiense».

Ésa era la primera carta, y había sido escrita aproximadamente una semana después de que Gardner llegara al refugio abandonado del lago Rick. La segunda era mucho más escueta, y había sido enviada por correo urgente.

«¿Querías telegrafiar a la Universidad de Miskatonic en Arkham, Massachusetts, para comprobar si está dis-

ponible en fotocopias un libro llamado el *Necronomicón*, obra de un autor árabe que firmaba con el nombre de Abdul Alhazred? Pregunta también por los Manuscritos Pnakóticos y por el *Libro de Eibon*, y entérate de si es posible adquirir en alguna de las librerías locales un ejemplar de *El extraño y otros cuentos*, de H. P. Lovecraft, que fue publicado por Arkham House el año pasado. Creo que estos libros, tanto individual como colectivamente, pueden serme de gran ayuda a la hora de determinar qué es exactamente lo que merodea por este lugar. Porque *algo* hay, de eso que no te quepa duda; estoy convencido de ello, y si te digo que esa cosa está aquí, no desde hace años sino desde hace siglos –tal vez desde antes de que apareciera el hombre sobre la tierra–, entenderás que quizá me halle en el umbral de un descubrimiento extraordinario».

Aunque ya de por sí esta carta resultaba alarmante, la tercera lo era aún más. Un intervalo de quince días mediaba entre la segunda y la tercera carta, y parecía evidente que entre tanto había ocurrido algo que había hecho que la tranquilidad del profesor Gardner se viera amenazada, pues, aun tratándose tan sólo de un extracto, la tercera carta dejaba traslucir una extrema inquietud.

«Todo aquí es maligno... No sé si se trata de la Cabra Negra de las Mil Crías o del Sin Rostro, y/o de otro ser que cabalga sobre el viento. ¡Dios bendito, aquellos malditos pasajes...! También algo en el lago, y de noche... ¡esos ruidos! ¡Qué calma y, luego, de pronto..., esas horribles flautas, esos aullidos lastimeros! No se oye ni un pájaro, ningún animal... sólo esos ruidos repugnantes. ¡Y las voces...! ¿O es que estoy soñando? Lo que oigo en la oscuridad ¿no será mi propia voz?».

A medida que leía aquellos extractos, mi inquietud iba en aumento. Algunas de las implicaciones e indicios que podían leerse entre líneas en los escritos del profesor Gardner sugerían la presencia de un mal terrible e intemporal, y sentí que a Laird Dorgan y a mí se nos abría una aventura tan increíble, tan singular e inusitadamente peligrosa, que bien podía ocurrir que no regresáramos para contarla. Por otro lado, ya entonces me rondaba la duda de que llegaríamos a hablar alguna vez de lo que encontraríamos en el lago Rick.

—¿Qué me dices? —preguntó Laird con impaciencia.

—Que voy contigo.

—¡Estupendo! Todo está listo. Incluso tengo ya un dictáfono con pilas de sobra. Me he puesto de acuerdo con el sheriff del condado de Pashepaho para que restituya las notas de Gardner y lo deje todo tal y como estaba.

—Un dictáfono —le interrumpí—. ¿Para qué?

—Para esos ruidos de los que habla; así podremos aclararlo de una vez por todas. Si están ahí y son audibles, el dictáfono los grabará; si sólo eran imaginaciones tuyas, no —hizo una pausa y a sus ojos asomó una expresión de suma gravedad—. Ya sabes, Jack, que quizá no salgamos de ésta.

—Lo sé.

No hizo falta decir más, pues sabía que, al igual que yo, Laird sentía que éramos como dos pequeños David que iban a enfrentarse a un adversario mucho más formidable que cualquier Goliat, un adversario invisible y desconocido, que no tenía nombre y se hallaba envuelto en un manto de leyendas y miedos, un morador, no ya de la oscuridad del bosque, sino de esa otra oscuridad más profunda que la mente del hombre ha tratado de explorar desde sus albores.

El sheriff Cowan se encontraba ya en el refugio cuando llegamos. Y acompañándole estaba el Viejo Peter. El sheriff era un hombre alto, reservado y de indudable ascendencia yanqui, pues aunque representaba la cuarta generación de su familia en la región, conservaba un característico gangueo, que sin duda se había ido transmitiendo de padres a hijos. El mestizo, por su parte, era un tipo de tez oscura y pelo revuelto, y parecía ser persona de pocas palabras, aunque, de cuando en cuando, se sonreía o soltaba una risilla como si le hiciera gracia algún chiste privado.

–He traído unos paquetes que llegaron hace ya algún tiempo para el profesor –dijo el sheriff–. Uno de ellos es de un lugar en Massachusetts y el otro de un sitio cerca de Madison. No me pareció cosa de devolverlos. La verdad, no sé qué piensan ustedes encontrar por aquí, amigos. Mis hombres y yo hemos recorrido el bosque de arriba abajo y no hemos visto nada.

–¿Por qué no se lo cuenta todo? –terció el mestizo, sonriendo burlonamente.

–No hay nada más que contar.

–¿Y lo de la talla?

El sheriff, irritado, se encogió de hombros.

–Mierda, Peter, eso no tiene nada que ver con la desaparición del profesor.

–Pero él la dibujó, ¿o no?

Al verse presionado, el sheriff nos confesó que dos de sus hombres se habían topado en medio del bosque con una gran losa o roca; estaba cubierta de musgo y medio oculta entre la maleza, pero en su superficie tenía grabado un extraño dibujo, sin duda tan viejo como el propio bosque, que seguramente sería obra de alguna de las pri-

mitivas tribus indias que habitaron en el norte de Wisconsin antes que los Sioux Dakota y los Winnebago.

El Viejo Peter dejó escapar un gruñido despectivo:

–Ese dibujo no es indio.

El sheriff desestimó el comentario con un gesto y siguió hablando. El dibujo representaba un extraño ser, pero no había forma de saber qué era exactamente; un hombre, desde luego no, aunque tampoco parecía un animal, pues carecía de pelaje. Y, por si fuera poco, a aquel artista anónimo se le había olvidado ponerle un rostro.

–Y a su lado había otros dos seres –dijo el mestizo.

–No le hagan caso –dijo de inmediato el sheriff.

–¿Qué clase de seres? –quiso saber Laird.

–Pues unos seres –dijo riéndose el mestizo–. ¡Je! ¡Je! Cómo quieren que los llame... no eran hombres, no eran animales, pues eso, unos seres.

Cowan estaba visiblemente irritado. De pronto, adoptó una actitud brusca; ordenó al mestizo que se estuviera callado y luego nos dijo que si le necesitábamos estaría en su oficina en Pashepaho. No nos explicó cómo podríamos contactar con él, pues en el refugio no había teléfono, pero lo que desde luego estaba muy claro era que no concedía mucho valor a las numerosas leyendas asociadas con el lugar en el que se había adentrado con tanta determinación. El mestizo mostraba hacia nosotros una indiferencia casi absoluta, que de vez en cuando rompía con una sonrisa maliciosa; sin embargo, sus oscuros ojos no paraban de escrutar con ávido interés nuestro equipaje. Laird y él se cruzaron alguna que otra mirada, pero en todos los casos el Viejo Peter desvió indolentemente la vista. El sheriff seguía hablando; las notas y los dibujos del desaparecido estaban en el escritorio que éste había utilizado en el gran salón que ocupaba prácticamente todo el piso

de abajo, justo en el lugar donde los habían encontrado; ahora eran propiedad del estado de Wisconsin y teníamos que devolverlos a la oficina del sheriff cuando hubiéramos acabado con ellos. Ya en el umbral de la puerta, se dio media vuelta y, a modo de despedida, dijo que esperaba que no nos quedáramos mucho tiempo, porque «aunque yo esas patrañas no me las trago, también es verdad que este lugar no parece haberle sentado demasiado bien a la gente que ha estado por aquí».

–El mestizo sabe o sospecha algo –dijo al punto Laird–. Tenemos que ponernos en contacto con él cuando se haya ido el sheriff.

–Pero ¿no dijo Gardner que cuando se intentaba que concretara algo no había forma de hacerle hablar?

–Sí, pero también nos dio la solución. El agua de fuego.

Nos pusimos manos a la obra para instalarnos; guardamos las provisiones, montamos el dictáfono y lo dejamos todo listo para una estancia de al menos dos semanas; teníamos provisiones suficientes para un periodo de tiempo como ése y, en caso de que tuviéramos que quedarnos más, siempre cabía la posibilidad de ir a Pashepaho a comprar comida. Además, Laird había traído cerca de dos docenas de cilindros para el dictáfono, así que teníamos para un tiempo indefinido, sobre todo teniendo en cuenta que sólo pensábamos usarlos mientras dormíamos, lo cual tampoco ocurriría con demasiada frecuencia, pues habíamos acordado que uno de nosotros haría vigilancia mientras el otro descansaba; un acuerdo que, por muy optimistas que fuéramos, sabíamos que podía fallar, y de ahí que trajéramos aquel aparato. Hasta que hubimos colocado todas nuestras pertenencias, no nos ocupamos de las cosas que había traído el sheriff, de modo que tuvimos tiempo de sobra para adquirir conciencia del peculiar aura que envolvía aquel lugar.

Porque no era un mero fruto de la imaginación que tanto el refugio como el territorio circundante poseían una extraña aura. No se trataba sólo de aquel silencio inquietante, casi siniestro, ni de los gigantescos pinos que cercaban el refugio, ni de las negruzcas aguas del lago, sino de algo más: un sigiloso aire de espera que lindaba con lo amenazador, la ominosa sensación de una especie de impasible certeza, similar a la que cabe imaginar en el halcón que vuela serenamente sobre su presa, seguro de que ésta acabará entre sus garras. Además, tampoco se trataba de una impresión pasajera, pues no sólo la percibimos desde un primer momento, sino que fue creciendo de forma gradual a lo largo de la hora que empleamos en instalarnos. Por otro lado, la sensación era tan palpable, que Laird me habló de ella como si ya la hubiera asumido desde hacía algún tiempo y supiera que a mí me había ocurrido otro tanto. Y, sin embargo, no era atribuible a nada en concreto. En el norte de Wisconsin y de Minnesota hay miles de lagos parecidos a éste, y si bien muchos de ellos no están en zonas boscosas, los que sí lo están no se diferencian gran cosa del lago Rick; así que no había nada en el aspecto de aquel paraje que pudiera justificar esa soterrada sensación de horror que parecía invadirnos desde fuera. De hecho, el entorno producía más bien la impresión contraria; bajo la luz de la tarde, el viejo refugio, el lago y los altos pinares que nos rodeaban transmitían una sensación de aislamiento que resultaba más bien grata; una atmósfera que, por contraste, hacía que aquella aura maligna resultara todavía más intensa y terrible. La fragancia de los pinos, unida al frescor del agua, también contribuía a hacer más patente aquella intangible atmósfera de peligro.

Por último, nos dedicamos a echar un vistazo a los materiales que habían dejado en la mesa del profesor. Como